

# *La Aventura del Cuadro Cambiante*

**UNA HISTORIA APÓCRIFA DE SHERLOCK HOLMES**

Tal como apareció en emocionantes entregas en las páginas de

## **La Biblioteca de Babel**

*La publicación para caballeros y señoritas donde se pueden encontrar valiosas lecciones morales y espirituales, así como hechos de interés científico y divertidas anécdotas*

**¡Adecuada para todas las edades!**

*Escrita por **Daurmith**, cuyo apodo no oculta, como podría parecer, un pasado escabroso ni reprochable, sino que se debe más bien a su natural modestia y a la necesidad de mantener sus poco decorosas actividades literarias, impropias de una señorita, fuera del conocimiento de familiares y amigos*

•❧•❧•❧•❧•

*El presente relato no hubiera sido posible sin la colaboración de*

**Avengers**

*a quien debemos parte del Prólogo*

*y de*

**Numerosos lectores** (*docenas enteras, según nuestros corresponsables*) de **La Biblioteca de Babel**, que ofrecieron sus ánimos y críticas constructivas durante la elaboración de la presente historia

❧•❧

*La Redacción desea agradecer a todos su desinteresada colaboración, y en prueba de su aprecio ha hecho llegara los interesados doce cajas del famoso Tónico del Dr. Lynas & Son, de Logansport, con la esperanza de que les sea útil en estos ajetreados tiempos que vivimos*

## **LA AVENTURA DEL CUADRO CAMBIANTE**

*Una historia apócrifa de Sherlock Holmes  
Por Daurmith*

### **~ Prólogo ~**

Londres había desaparecido tras una espesa capa de niebla sulfurosa, pero el fuego ardía alegremente en la chimenea de nuestras habitaciones de Baker Street. Al otro lado de la ventana no se oía el habitual runrún de carruajes y gente; los pasos de los pocos transeúntes quedaban ahogados por el miasma amarillento. Holmes había dejado su violín hacía ya un buen rato, y estaba acurrucado en su sillón favorito, mirando las llamas en silencio con el ceño fruncido. Sus extrañas y poco armónicas improvisaciones musicales solían irritarme, pero el silencio que siguió se me hizo opresivo al poco tiempo; sintiendo la necesidad de hacer algo que me distrajera, abandoné mi libro y me dirigí al escritorio para pasar a limpio algunas notas de casos atrasados.

Mi silla había sido invadida por un desordenado montón de recortes de periódico que Holmes había estado consultando unos días atrás. Los aparté con un suspiro, al igual que un paquete de tabaco medio lleno y una varilla de ébano tallada con exóticos motivos tribales, recuerdo de un caso de la primavera pasada que a punto estuvo de costarnos a ambos la vida y que quizá algún día me decida a poner por escrito. Pero esa tarde, las desagradables asociaciones que la varilla debería haberme provocado quedaron eclipsadas por un arrebato de exasperación ante el desordenado carácter de mi amigo. Mi descontento no hizo más que aumentar al reparar en una vieja bufanda caída descuidadamente sobre el respaldo de la silla. Me disponía a arrojarla con cierta fuerza sobre nuestro diván, acompañándola quizá de un comentario que luego habría lamentado, cuando la voz de Holmes me detuvo.

— Vamos, Watson, no la tome con esa pobre bufanda —me dijo, todavía mirando fijamente las llamas—. No tiene culpa alguna, y prestó un buen servicio a la sociedad no hace mucho. Discúlpeme, se lo ruego, por invadir su espacio de trabajo.

Me quedé con la prenda en las manos, buscando una réplica adecuada. Años de asociación con Holmes me habían familiarizado con sus métodos, y no era raro que en nuestros casos pudiera hacer de vez en cuando alguna pequeña contribución a la labor detectivesca de mi amigo. Pero fui incapaz de ver cómo había podido seguir mis movimientos tan certeramente. Me daba la espalda por completo. No había en su campo visual teteras pulidas, ni espejos, ni cristales, ni otras superficies reflectantes en las que verme. Las únicas sombras de la habitación se proyectaban desde la chimenea, invisibles para el detective, que no había cambiado de postura desde hacía por lo menos dos horas.

— Holmes, usted debe tener algún poder sobrenatural —dije, exasperado, dejando de nuevo la bufanda sobre el respaldo—. De otro modo no me lo explico, a no ser que tenga ojos en la nuca.

— Sabe bien que no —fue la plácida respuesta de Holmes, que seguía sin mover un músculo.

— Y supongo que cuando me lo explique añadirá que todo era muy elemental, claro.

— No haré tal cosa —esta vez Holmes se dio la vuelta bruscamente y habló con intensidad—, aunque la explicación es verdaderamente simple. Le he oído, eso es todo. No es difícil deducir sus acciones por el ruido que provocan, y menos aún teniendo una idea clara de la habitación, los objetos que la pueblan, y dónde está cada uno. El silencio de la calle lo ha hecho todo más obvio y más fácil, sencillamente, y no he podido resistirme a intercalar un comentario. No debería sorprenderle; ya ha apuntado usted varias veces en sus relatos mi gusto por lo teatral.

— ¿Y no encuentra eso elemental, Holmes?

— Debería serlo. Para mí lo es. Pero para usted, Watson, para usted, para casi toda la población de Londres, y me atrevería a decir que del mundo, no lo es. Vea cómo usted mismo se ha lanzado directamente a buscar explicaciones rebuscadas para mi pequeña demostración. Habrá buscado sombras, o reflejos en mi campo de visión, sin duda. Y ha aventurado fantásticas suposiciones anatómicas y sobrenaturales que no le hacían falta alguna. Si fuera elemental, Watson, se habría dado cuenta enseguida. Pero por alguna razón, no lo es. Por alguna razón, a la gente le gusta buscar explicaciones rebuscadas para lo que es notablemente simple.

Durante este monólogo la voz de Holmes se fue animando. Se levantó del sillón y paseó frente a la chimenea, gesticulando con sus manos largas y huesudas. El vaivén de las llamas hacía que su sombra bailara danzas grotescas sobre la alfombra.

— Sin duda tiene razón, Holmes —dije tranquilamente, recogiendo de nuevo la bufanda y plegándola con cuidado—. En lo sucesivo haré lo obvio: dejaré que sea usted quien despeje mi área de trabajo.

Holmes, que había estado llenando su pipa con tabaco de la zapatilla persa, se detuvo y rió suavemente.

— Mi querido Watson, le pido que me disculpe. Usted quería trabajar y yo le he interrumpido, y descortésmente, además. No se preocupe; seré silencioso como la tumba tanto tiempo como necesite.

— En realidad sólo buscaba una manera de librarme del tedio —confesé, y le alargué la bufanda doblada—. Esto es suyo, presumo.

— Casi —sonrió él—. Es un recuerdo de un caso reciente. Usted estaba ausente, Watson. En Bath, si no recuerdo mal.

— ¿Un caso elemental? —no pude evitar preguntar. Holmes terminó de encender su pipa y lanzó una seca carcajada.

— Un admirable ejemplo de lo que le estaba diciendo antes. El dueño de esa bufanda —Holmes la tomó con una mano y la desplegó en el aire, mostrándola como si fuera algún tejido valioso— hubiera salvado la fortuna, y la vida, si hubiera buscado primero la explicación más razonable y no se hubiera dejado arrastrar por la palabrería de un

hombre sin escrúpulos. Pero compró el cuadro, y aunque tuvo la sensatez de aceptar mis servicios cuando se los ofrecí, resultó ser demasiado tarde. No pude hacer más que atrapar a los culpables.

— Holmes, ¿por qué no me lo cuenta? —dije, rescatando mi libreta de notas de debajo de un tomazo sobre estilos de miniaturas medievales—. Confieso que me ha intrigado. Mientras me lo cuenta podemos tomar el té aquí, y luego, si se levanta la niebla, ir a cenar a *Simpson's*. ¿Qué le parece?

Holmes miró fugazmente y —me pareció— con cierta añoranza en dirección a su mesa de experimentos químicos, que las últimas semanas había acaparado gran parte de su tiempo, para disgusto mío y de la señora Hudson, ya que los experimentos de Holmes solían ser malolientes, ruidosos, sucios, o todo a la vez. Pero acto seguido, en uno de los accesos de energía que en él eran tan habituales, abrió la puerta, llamó a la señora Hudson para pedirle el té, despejó la mesa para recibir la bandeja, y cuando esta llegó se sentó frente a la tetera y los platos de tarta y bizcochos, haciéndome un gesto para que le acompañara.

No me lo hice repetir, y, armado con mi libreta de notas, me dispuse a escuchar el relato de lo que más tarde mi agente, Conan Doyle, publicaría con el título de “La Aventura del Cuadro Cambiante”.

\*\*\*

Mientras dábamos buena cuenta del té, la tarta y los bizcochos, caí en la cuenta una vez más, de lo sorprendente que me resultaba, después de tantos años, ver a Holmes pasar de una preocupante apatía a una actividad exultante. La respuesta era siempre la misma; evidente, aún a mis ojos. Mi viejo amigo sólo parecía disfrutar de la vida cuando se enfrentaba a un desafío a la altura de su intelecto y de sus capacidades, y aunque no lo reconociera, cuando explicaba los mecanismos que le habían llevado a la solución del problema.

— Mi querido Watson —dijo tras terminar su segundo trozo de tarta—, coincidirá conmigo en que vivimos tiempos interesantes desde el punto de vista de la ciencia. Cada día nos llegan noticias de nuevos descubrimientos o de curiosos inventos que hacen nuestra vida más llevadera y que yo, personalmente, agradezco en la medida en que me ayudan a desempeñar mejor mi humilde oficio, que es el de llevar ante la justicia a toda suerte de criminales.

— Así es, Holmes —contesté yo—. Como médico, he tenido ocasión de maravillarme con las novedades que han llegado a mi profesión en los últimos años. Podemos salvar más vidas o, al menos, hacer el sufrimiento más llevadero, pero no entiendo qué tiene que ver esto con la aventura que nos ocupa.

Holmes sonrió.

— ¡Ah, amigo mío! Siempre tan impaciente. Tiene todo que ver, pero no adelantemos acontecimientos. Dígame ¿cree usted que todas esas novedades, como ha dado en definir las, han redundado en un mejor conocimiento del mundo que nos rodea?

— Bueno, francamente, no sé como contestar a esa cuestión, pero me atrevería a decir que sí —respondí, un poco más perdido que antes.

— Pues lamento contradecirle, Watson, pero no puedo compartir esa contestación tan optimista —tomó un largo sorbo de té— y el fundamento de mi disidencia se halla en la escena que ambos hemos protagonizado hace unos instantes. Pese a todo el tiempo que llevamos juntos, usted se dejó llevar, casi seducir por la explicación menos plausible, más ilógica, desechando la más evidente, lógica y consecuentemente, elemental.

— Holmes —protesté—, creo que a veces se burla usted de mí. Sus capacidades como investigador son muy superiores a la media, y eso es algo en lo que coinciden todos cuantos le han conocido. No por nada es usted el detective más afamado de nuestro tiempo.

— ¡Bah! —me atajó con un gesto displicente— Exageraciones provenientes de lectores obnubilados por los relatos que usted edita a través de Sir Arthur Conan Doyle. No entiendo por qué insiste en retratarme como una especie de superhombre con ojos en la nuca, cuando siempre hago hincapié en demostrarle, en cada una de nuestras aventuras, que mis deducciones no tienen nada de sobrenatural, y que cualquier persona con un mínimo de paciencia, observación y conocimiento, podría llegar a alcanzar.

— Temo no estar de acuerdo con esta afirmación, amigo mío. Minusvalora usted sus virtudes o sobreestima las del resto de la humanidad. Los periódicos, el gobierno de Su Majestad y medio mundo reconocen su valía y afirman que es usted un personaje único.

La modestia nunca fue un rasgo del carácter de Sherlock Holmes, y por ello me sorprendí cuando el detective rechazó mi sincero elogio con un impaciente movimiento de cabeza.

— Por favor, querido Watson. Se lo ruego; deje de verme así. Lo que yo hago ni siquiera es nuevo. Cuando hace algún tiempo estuve en Europa Central, haciendo un pequeño servicio a la Corona de Austria, tuve ocasión de hojear un manuscrito medieval donde se relataba cómo un monje paisano nuestro, merced a sus dotes de observación, podía identificar a un animal perdido, aún su nombre propio, sin haberlo visto nunca. También él se esforzaba en explicar a sus coetáneos que sólo se limitaba a observar y razonar, pero éstos preferían pensar siempre en lo sobrenatural, lo arcano, lo oculto. Es terrible pensar que en cuatrocientos años, la civilización parece haberlo descubierto todo y sin embargo, no ha aprendido nada de ello.

— Sigo sin ver a dónde nos lleva todo esto, Holmes. Le ruego que me disculpe.

— Watson, veo que no hay manera de hacer carrera de usted —dijo Holmes con amable chanza—. Pasemos pues al relato en cuestión, pero le ruego encarecidamente que no olvide lo que acabo de contarle, ya que, al correr de la narración, caerá en la cuenta de la importancia que tiene para la misma.

Yo no deseaba otra cosa, y apresté mi libreta. Holmes apartó su plato, encendió una segunda pipa, se arrellanó en su silla, y empezó a hablar con la voz precisa y tranquila que tan buen efecto causaba en sus clientes.

~ Capítulo Primero ~

El inicio de este caso (empezó a contar Holmes) fue tan poco espectacular que casi me resisto a narrárselo. Dos días después de su partida, Watson, la señora Hudson trajo un telegrama.

— El chico espera respuesta, señor Holmes —me dijo.

Ya sabe usted, Watson, que prefiero el telegrama a casi cualquier otra forma de comunicación; obliga a ser claro y directo sin perderse en divagaciones ni retórica inútil. Mi sorpresa fue ver que quien usaba este medio no era, como suele ser habitual, la policía, sino alguien que requería mis servicios. El telegrama decía así:

**Necesito su ayuda investigar cuadro pariente posiblemente embrujado  
STOP Si disponible, visitaré mañana siguiente respuesta STOP Harold  
Smythe**

El texto me intrigó. Era obvio que el redactor no tenía mucha experiencia enviando telegramas y había compuesto un mensaje notablemente confuso. A la vez, si alguien que no tiene costumbre de enviar telegramas me envía uno, es lógico suponer que el problema era serio, al menos para el señor Smythe. No teniendo casos urgentes que requirieran mi atención, envié una respuesta afirmativa y al día siguiente me dispuse a esperar al remitente.

Harold Smythe resultó ser un hombre joven y bien vestido, de treinta y cinco a cuarenta años, con el pelo color pajizo y ojos de un azul desvaído en una cara de tez sana y rubicunda. Tenía una expresión agradable y se comportaba con cierta timidez. Tras presentarse, se sentó en el borde de la silla que le ofrecí y me miró un largo instante tragando saliva, como si no encontrara las palabras adecuadas.

— Debe creerme cuando le digo que no pretendo hacerle perder el tiempo, señor Holmes. Un hombre de su reputación... —empezó a decirme. Le atajé levantando una mano.

— Señor Smythe, se lo ruego: permítame determinar a mí el uso de mi tiempo. Su telegrama era un tanto confuso; sea tan amable de explicarme los hechos.

— Es difícil saber cómo empezar —repuso él, sacando un pañuelo del bolsillo y pasándoselo por el cuello con gesto nervioso—. Es todo tan increíble...

Suspiré para mis adentros. La verdad, Watson, es que no entiendo por qué la mayor parte de nuestros clientes creen necesario perderse en comentarios y circunloquios cuando vienen a mí simplemente para que esclarezca unos hechos. En parte para darle tiempo a ordenar sus ideas, y en parte para hacerle notar que me tomo mi trabajo en serio, me arrellané en mi butaca, cerré los ojos, y le dije:

— Señor Smythe, en mi profesión se aprende a no usar la palabra *increíble* a la ligera. Entiendo que un hombre como usted, cuyo trabajo le exige pasar a menudo algunos días

en la ciudad, pero que vive la mayor parte del tiempo retirado en el campo, tenga una definición del término algo más amplia que la mía, pero esté seguro de que le escucharé con toda atención y la mayor simpatía.

— ¿Cómo sabe usted...? —balbució Smythe. No pude evitar un gesto de impaciencia.

— Lo sé de la misma manera que sé que estuvo casado con una mujer más rica que usted, tras cuyo fallecimiento se encontró usted en una situación económica bastante apurada, que no ha mejorado en exceso desde entonces. Pero me alegra ver que sus segundas nupcias, aunque no le hayan aportado las mismas riquezas materiales, han sido con una mujer de la cual está sinceramente enamorado. Me atrevo incluso a decir que el sentimiento es mutuo. Mi enhorabuena, y espero que pronto su esposa Rose y usted se verán libres del problema que le ha traído hoy a mis habitaciones.

— ¡Señor Holmes...! —la expresión del joven me dijo que había dado de lleno en la diana. Oculté mi satisfacción tras una expresión de amable profesionalidad.

— No hay nada de extraño en ello —dije, sonriendo y levantando una mano para calmarle, ya que Smythe se había medio levantado de su asiento y miraba a su alrededor como si esperara ver salir un espectro de las paredes—. Son sólo algunas deducciones que he hecho a partir de su aspecto y modales. Siéntese, permítame ofrecerle una copa de jerez, y deje que se lo explique.

La señora Hudson trajo jerez y unos bizcochos. Hice que bebiera un buen trago y que se comiera un bizcocho mientras le explicaba:

— Que vive usted en el campo es fácil de deducir por su envidiable complexión, que los que vivimos en Londres no alcanzamos con facilidad. Que ha venido usted por unos días se deduce del atroz abrillantado de sus zapatos, tan característico de los hoteles baratos; se ve claramente que el betún no ha sido bien esparcido y que el cepillo no ha pasado con la necesaria energía por todo el empeine. Como su traje es de excelente calidad y esmeradamente cuidado, no debo pensar que tiene usted un sirviente negligente, sino que ha tenido que echar mano de los servicios del hotel para adecentar su calzado. No está alojado allí por placer, dado que, como le he hecho notar, el hotel no es de los mejores. Alguna otra causa le impulsa a venir Londres y pasarse al menos dos días sufriendo los cuidados de un limpiabotas deficiente en lugar de gozar del aire sano del campo. ¿Qué puede ser, sino trabajo?

Smythe se había recuperado lo bastante como para seguir mis explicaciones y contribuir a ellas.

— Tiene usted razón, señor Holmes. Soy traductor de francés y alemán. Trabajo en casa, pero cada cierto tiempo vengo a la ciudad a presentar mi trabajo a los editores. Generalmente me quedo varios días para asegurarme de que las primeras pruebas de impresión se hacen como es debido. Mi situación económica no me permite hoteles de lujo, así que suelo alojarme en el *Blue Peter*. Sus limpiabotas no son los mejores de Londres, desde luego, pero —mi cliente sonrió inesperadamente y perdió gran parte de su aire inseguro— no tengo quejas respecto a su cerveza. De todos modos, ¿cómo ha podido saber lo de mi segundo matrimonio?

— Su dedo anular izquierdo —dije, y él se lo miró en un gesto automático—. Verá que lleva la característica señal de una alianza que ha permanecido ahí durante años: la piel está descolorida y la presión del anillo ha creado un surco alrededor del dedo. Pero ahora hay una segunda alianza sobre esa marca. El hecho de que la marca anterior se pueda ver me dice que usted llevó antes en ese dedo una alianza diferente, más grande y ancha, en lugar de la fina banda de oro de calidad media que lleva ahora. Si la anterior se hubiera roto, o perdido, usted la hubiera sustituido por una igual, o lo más parecida posible. Como no es así, deduzco que su anterior esposa falleció y que ha sido usted lo bastante afortunado como para que otra mujer le otorgue su mano.

— Y de la anchura del anillo y la calidad del oro deduce que he caído en malos tiempos —rió Smythe—. Tiene toda la razón, señor Holmes. Mi primera esposa era rica. Nuestro matrimonio fue apacible, sin ser especialmente feliz, pero terminó cuando ella murió de una crisis cardíaca. Su capital estaba en usufructo, y cuando ella murió volvió a pasar a la familia. Por ciertas cuestiones con las que no le aburriré, esto me dejó a mí sin más ingresos que mi magro salario como traductor, aunque créame cuando le digo que no lo lamento. ¿Pero cómo supo que el dinero era de ella? Podría haber sido mío y haberlo perdido en las carreras, por ejemplo.

— Podría —asentí—. Pero un detective ha de ser también un buen fisonomista, y usted no tiene el aspecto de quien haría algo así. Por si eso fuera poco, su traje es, como ya le he hecho notar, de una hechura excelente. Sin duda fue hecho a medida, aunque ahora le queda un poco holgado en la cintura, testimonio también de que en el pasado gozó usted de un físico más rollizo. Sin embargo, veo que lo conserva muy bien y lo cuida con esmero. En mi experiencia, la gente que pierde o derrocha su dinero no se preocupa por estos detalles. En el primer caso la desgracia les hace negligentes, y en el segundo caso la irresponsabilidad les hace descuidados.

— No le diré que no, puesto que acierta —replicó él, tomando un segundo bizcocho—. Es un buen traje, y me interesa que se conserve en buen estado algunos años más. En cuanto mis finanzas se recuperen un poco tendré que pedir una cita a mi sastre. A mi ex—sastre, debería decir. ¿Y cómo sabe que quiero a mi mujer y que ella me corresponde?

— Señor Smythe, debería resultarle obvio incluso a usted —dije yo—. Los daños que ha sufrido el traje han sido reparados con habilidad y cuidado, su corbata está en un estado excelente, el cuello de su camisa está immaculado, al igual que los puños, y una mano previsora ha cosido una cinta de seda negra a su chaleco, en lugar de la leontina que debió adornarlo en el pasado. Alguien ha ido más allá del deber de un ayuda de cámara para que su aspecto sea inmejorable y le ha enviado a Londres bien pertrechado con cuellos y puños limpios. Y además, ningún ayuda de cámara que yo conozca deja que su patrón se seque el cuello con un pañuelo de mujer.

Smythe miró el cuadradito de tela bordado que aún sostenía en una mano y lo acarició distraídamente mientras reía en voz baja.

— La reputación que le atribuyen se queda corta, señor Holmes. No tenía idea de que sus capacidades fueran tan impresionantes. Es cierto que en el pañuelo están bordadas las iniciales R.S., pero sin duda eso no pudo bastarle para saber que mi mujer se llama Rose, ¿verdad?



Esta vez fue mi turno de sonreír. No lo había sabido con certeza hasta que él me lo confirmó.

— No, y ahí admito que mi deducción ha sido un poco arriesgada, pero pensé que valía la pena correr el riesgo. He observado a menudo que la gente que está en contacto frecuente con un determinado olor acaba siendo inmune a él. En su caso, usted no ha notado, o ha olvidado, que el pañuelo está impregnado en esencia de rosas, un aroma que he percibido con toda claridad cuando lo ha sacado del bolsillo. Eso, unido a las iniciales del pañuelo, me ha permitido aventurar la pequeña suposición de que el perfume favorito de su esposa sería el de la flor de la que toma el nombre. Como ve, nada extraordinario.

Smythe movió la cabeza.

—Quizá no sea extraordinario para usted, señor Holmes. Para mí ha sido como la luz de un relámpago en mitad de la noche. Ahora estoy convencido de que nadie más que usted podrá resolver este misterio. No tengo mucha imaginación, pero desde que tío Amos compró ese malhadado cuadro, le prometo que lo veo cambiar ante mis ojos. Mi esposa es presa de la más terrible ansiedad, y mi tío Amos está perdiendo rápidamente tanto su salud como su dinero. Todos empezamos a temer que algo maligno se ha asentado en nuestro hogar. Ocurren cosas que...

—¿Por qué no empieza por el principio, señor Smythe? Cuéntemelo todo con calma, por orden, y no omita ningún detalle, aunque le parezca trivial. Entonces le diré si estoy verdaderamente en disposición de ayudarle.

Smythe asintió, respiró hondo, y se embarcó en un relato que sonó, incluso para alguien tan poco dado a la fantasía como yo, curiosamente inquietante.

— Desde poco después de nuestro matrimonio, mi tío Amos consintió en alquilarnos parte de su casa de Islington, al menos mientras nuestra situación económica no mejorara. Si le parece raro que un pariente nos cobre alquiler, le diré que nuestro parentesco es lejano, y que de todos modos su carácter nunca fue muy dado a la generosidad. Su casa es amplia, y con los años tío Amos ha ido quedándose sin sirvientes. Con nosotros en ella, conseguía a la vez un pequeño aporte económico y alguien que mantuviera la casa en orden.

— ¿Qué profesión ejercía su tío? —pregunté.

— Anticuario. No se le dio mal en sus tiempos y acabó por reunir una suma respetable antes de retirarse, de la que hace uso muy esporádicamente. Pero ahora sólo compra cosas para su colección particular. Yo no entiendo gran cosa de antigüedades ni de arte, señor Holmes; a mí me parece que las habitaciones de mi tío están repletas de trastos viejos y malolientes, pero él está muy orgulloso de cada pieza, y puede pasarse horas enteras contemplándolas.

“Como todos los viejos, mi tío es presa de muchas manías. Una de ellas es la superstición y el más allá; ha leído todas las obras publicadas al respecto. El mundo de los espíritus es su gran pasión, no sé si por sentir que va a encontrarse pronto en él o por alguna otra causa.

“Hace cosa de un mes, mi tío volvió a casa muy contento, cosa rara en él, y estuvo muy hablador durante la cena. Nos confió haber hecho un gran negocio con la compra de un cuadro que traerían a la mañana siguiente. Era raro en él mostrar tanto entusiasmo por un simple cuadro, pero no le dimos mayor importancia.

“El cuadro llegó, en efecto, a la mañana siguiente. Resultó ser un retrato de un caballero vestido con uniforme de principios de siglo. No me pareció de un gran valor artístico, pero como ya le digo, no entiendo mucho de estas cosas. Para mí, los colores eran apagados y la expresión del caballero algo pasmada, pero mi tío se deshacía en elogios.”

— ¿Recuerda el nombre del pintor?

— No, lo lamento. Sonaba a extranjero, es todo lo que puedo decirle. Pero de todos modos resultó que el entusiasmo de mi tío no se debía al cuadro en sí, sino a un curioso fenómeno que manifestaba. Mi tío nos llamó a su estudio y puso el cuadro donde le diera buena luz, pidiéndonos que lo miráramos detenidamente unos momentos.

“Hicimos lo que nos pidió; a la luz se veía que el cuadro estaba mal conservado; el caballero posaba contra un fondo liso, de un color que sólo puedo definir como amarillento, y en este fondo se veían algunas áreas más oscuras, como si algo hubiera manchado el lienzo.

“Bueno, señor Holmes, cuál no sería mi sorpresa cuando vi de pronto que esas manchas más oscuras no eran tales, sino un rostro que asomaba por encima del hombro del retratado. Mi mujer lo vio casi a la vez que yo y no pudo evitar una exclamación de alarma. Mi tío parecía a punto de echarse a reír de pura satisfacción.”

— Disculpe la interrupción, señor Smythe —dije, echándome hacia delante en mi asiento—. ¿Podría describirme con detalle cómo era ese rostro?

—No sabría decirle exactamente, la verdad —dijo mi cliente, frunciendo el ceño—. Era extraño, casi diría inhumano. Se mostraba un poco ladeado y tenía grandes ojos rasgados y una boca grande que formaba una fea mueca. Parecía estar mirándonos directamente, por eso nos sorprendió tanto.

— ¿No es cierto que carecía de pelo?

— ¿Pelo? —repitió Smythe, confuso—. Supongo que... No, no, tiene razón. No tenía pelo.

— Pero sí que tendría unas pobladas cejas.

— Ahora que lo dice, sí, así es; unas cejas pobladas y arqueadas.

— Comprendo. Continúe con su relato, por favor; lo encuentro de gran interés —dije. Smythe me miró un momento con expresión confusa, pero enseguida siguió:

— La satisfacción de mi tío se debía, según nos explicó, precisamente a este segundo rostro. El caballero que le había vendido el cuadro, un tal Xavier Saw, le había dicho que la pintura era un vínculo con el mundo de los espíritus, y el rostro que se veía, una manifestación del Más Allá. Mi tío no cabía en sí de gozo, señor Holmes, y colocó el cuadro en un lugar de honor en su estudio donde lo contemplaba a todas horas, para

gran disgusto de mi esposa, que consideraba este segundo rostro desagradable en extremo.

“Pocos días después de esto, mi tío empezó a cambiar. Siempre había sido de talante arisco y malhumorado, pero ahora, además de mostrarse mucho más impaciente e irritable, parecía también inquieto. Salía de su estudio para volver a entrar a los pocos minutos, prescindía de su paseo diario, dormía a ratos perdidos y por la noche le oíamos bajar al estudio, para subir de nuevo al rato con pasos apresurados, como si quisiera escapar de algo. Perdió el apetito y empezó a adelgazar.

“Mi esposa y yo, preocupados, le insistimos para que viera a un médico, pero se negó. Al día siguiente empezaron las visitas de Saw.”

— El hombre que le vendió el cuadro.

— Así es. Sé que la primera vez fue mi tío quien le invitó a venir, pero luego empezó a visitarnos sin previo aviso, dos y hasta tres veces por semana. Mi tío y él se encerraban en su estudio y pasaban allí horas y horas. No sé qué hacían, pero sé que mi tío empezó a vender algunas de sus antigüedades después de la segunda visita, porque me encargó a mí llevarlas a un marchante. Y aunque solía mostrarse más aliviado tras cada visita de Saw, poco después volvía a mostrar el estado de excitación nerviosa que nos preocupaba.

“Esta situación continuó durante un par de semanas. Por fin, después de una noche especialmente mala durante la que tío Amos estuvo a punto de perder la compostura tras la cena, conseguimos que se sincerara, al menos parcialmente, con nosotros. Nos llevó a su estudio —en el que nos dejaba entrar muy raras veces y al que no habíamos vuelto desde la compra del cuadro— y nos mostró de nuevo el retrato.

“Señor Holmes, yo no me asusto fácilmente; pero cuando volví a ver el extraño rostro sentí la sangre helárseme en las venas, y poco faltó para que mi mujer se desmayara. Había cambiado, sin duda alguna. La mueca de la boca se había convertido en una sonrisa colmilluda de demonio, los ojos parecían despedir chispas de odio, y todos sus espantosos rasgos aparecían mucho más concretos y claros, asomando casi en relieve sobre el hombro uniformado del caballero del retrato. Créame cuando le digo que era una visión salida de las propias simas del infierno.”

\*\*\*

Oyendo la vehemente descripción de Smythe, tan cargada de emoción y tan desprovista de datos, me acordé de usted, Watson, y de su gusto por el lirismo cuando pone por escrito alguna de nuestras aventuras. Pero en esta ocasión, y viniendo de un cliente, el dramatismo se interponía en la resolución de un caso que yo ya empezaba, aunque cautamente, a ver claro.

— Señor Smythe —interrumpí, no sin cierta severidad—, las simas del infierno se hallan bien lejos de Islington, se lo garantizo. ¿Está seguro de que el rostro había cambiado realmente, y no de que su recuerdo de su aspecto inicial era erróneo?

— Estoy seguro, señor Holmes —repuso Smythe—. Esa era, precisamente, la causa de la inquietud de mi tío. Al ver cómo el rostro adoptaba un aspecto cada vez más claro y horrible, empezó a temer que había permitido la entrada en su hogar de alguna

influencia maligna. Sin dejar de vigilar el cuadro noche y día, terminó llamando a Saw con la esperanza de que el antiguo propietario del cuadro tuviera alguna idea sobre cómo librarse del extraño demonio. La solución obvia (que tanto mi esposa como yo le señalamos en cuanto vimos el rostro demoníaco, es decir, destruir el cuadro) fue acogida con auténtico espanto por mi tío. Según le había dicho Saw, no había mejor manera de dar entrada libre en nuestras vidas a todos los horrores del Más Allá. Por eso el vendedor se convirtió en visitante habitual de nuestra casa, y por eso pronto mi tío empezó a darle grandes sumas de dinero con las que, presumiblemente, se costeaban los rituales necesarios para eliminar la amenaza del cuadro.

“Durante algunos días mi tío se tranquilizó y nos dijo que los cambios del cuadro se habían detenido. Pero hace apenas una semana empezaron de nuevo, peores que antes; pude ver el cuadro, señor Holmes, y me causó una impresión todavía mayor que la segunda vez. Parecía que el rostro había adquirido nuevas tonalidades grises y verdosas que lo hacían todavía más repugnante. Pude ver también que el estudio de mi tío tenía un aspecto desolado y vacío, a causa de todas las piezas que había vendido para costear los gastos que Saw requería. Toda la estancia despedía un tufo casi asfixiante a óleos e inciensos, y había velas y cosas que no pude identificar, pero que no estaban antes allí. Tío Amos estaba irreconocible, demacrado por la inquietud, y de un color casi tan verde como el del cuadro.”

—¿Qué hizo usted entonces? —dije, para animar a seguir a Smythe, que había caído en un silencio reminiscente.

— Intenté hablarle, decirle que se librara del cuadro. No me hizo ningún caso, pese a que Rose se unió a mis ruegos; el cuadro le causa una profunda inquietud, y no me importa decirle que a mí también.

“No sabía muy bien lo que hacer; la policía no me haría caso, y mi tío no está dispuesto a atender a razones. Pero un amigo mío me habló de usted, y de que acepta casos extraños si despiertan su interés. Como tenía que venir a la ciudad de todos modos a entregar un manuscrito, pensé en visitarle y contarle mi problema.”

— Ya veo. ¿Y qué espera que haga yo, exactamente? Mis casos no suelen tener que ver con el mundo de los espíritus, señor Smythe.

— A decir verdad, señor Holmes, no lo sé —mi cliente se frotó el mentón con un gesto que delataba nerviosismo—. No sé qué hacer o a quién acudir. Temo que le parezca un caso estúpido, y quizá lo sea, pero mi tío está aterrorizado, y a la vez parece incapaz de hacer nada por remediar la situación, excepto recurrir a la ayuda de Saw, y eso a su vez está agotando su fortuna. Nosotros no podemos convencerle. Se me ocurrió que quizá lo que necesite sea un extraño que le haga ver el peligro y le convenza para que destruya el cuadro.

— ¿No le inquieta que la destrucción del cuadro traiga el horror que temen su tío y Saw? —pregunté.

— No lo sé, señor Holmes. Si se encargara usted del caso, lo pondría todo en sus manos y aceptaría cualquier consejo que quisiera darme. Yo no sé qué pensar al respecto. Necesito su ayuda.

— Señor Smythe, mi trabajo es el de detective consultor, no de exorcista consultor. Confío en que fuera usted consciente de este hecho cuando entró en mis habitaciones.

Hice una pausa, durante la que vi cómo la expresión de Smythe pasaba de la ansiedad a la decepción.

— Sin embargo —continué—, su narración no carece de ciertos puntos de interés, y si me lo permite, me gustaría desplazarme a Islington cuanto antes y ver con mis propios ojos ese curioso cuadro.

— ¡Señor Holmes! No sé cómo agradecerle... Mi esposa y yo... Por supuesto, cuando quiera, inmediatamente...

Parecía dispuesto a seguir con efusiones. Levanté una mano para detenerle, incómodo.

— Por favor, señor Smythe, soy hombre enemigo de palabras inútiles cuando un caso llama a mi puerta. Usted necesita entregar un manuscrito, me ha dicho. Bien, le sugiero que lo haga y que, si puede zanjar sus asuntos, me acompañe en el tren de las cuatro cuarenta y dos a Islington. Yo, mientras tanto, debo comprobar algunas cosas —dije, levantándome para darle a entender que el plan sugerido debía ponerse en acción de inmediato. Smythe se levantó a su vez, me estrechó efusivamente la mano, me aseguró que estaría en la estación a tiempo, y partió con un paso mucho más vivaz que cuando entró en el estudio.

~ Capítulo Segundo ~

*Hacía tiempo que el servicio de té había sido recogido, y Holmes y yo nos habíamos sentado frente al fuego con sendas pipas. Llegados a este punto, Holmes calló y se aplicó a la tarea de rellenar su pipa de madera de cerezo y encenderla, mientras yo pensaba en los pormenores del extraño caso que se había cruzado en el camino de mi amigo durante mi ausencia.*

— *Qué extraordinario —comenté—. ¿Recuerda el caso del sabueso de los Baskerville, Holmes? En aquella ocasión también pensamos que nos la tendríamos que ver con el mundo sobrenatural.*

— *Quizá lo pensara usted, Watson —replicó mi amigo entre chupada y chupada a la pipa—. Yo tiendo a buscar las explicaciones primero en este mundo, y raras veces me quedo sin encontrarlas.*

— *¿Barruntaba usted que este era el caso?*

— *No "barrunté" nada, mi querido amigo. Ya sabe usted que aborrezco teorizar antes de tener en posesión todos los hechos. Pero no le negaré que por mi cabeza cruzaron no menos de cinco explicaciones que daban cuenta del relato de Smythe, ninguna de las cuales, permita que se lo diga, implicaba al mundo de los espíritus.*

— *Me imagino que usted sospechó de inmediato del tal Xavier Saw.*

— *¡Excelente, Watson! Eso fue, en efecto, lo primero que se me ocurrió. Al fin y al cabo, el viejo estaba poniendo grandes cantidades de dinero en sus manos. Cuando Smythe se fue me dediqué a hacer algunas averiguaciones.*

— *¿Y qué averiguó?*

— *No gran cosa, principalmente porque de inmediato estuve seguro de que 'Xavier Saw' era un alias. Scotland Yard no tenía nada bajo ese nombre, y por eso pensé que sería mejor ir directamente a Islington y hacer lo posible por conocer al señor Saw cara a cara cuanto antes. Por supuesto, también tenía un vivo interés por ver el cuadro.*

— *Sí, respecto a eso, Holmes, usted acertó al decir que el rostro era calvo y con cejas pobladas, ¿cómo pudo saberlo?*

*Holmes sonrió saturninamente y rió un poco entre dientes antes de responder.*

— *Permítame que me reserve ese pequeño detalle para más adelante en mi narración, Watson. Le aseguro que entenderá pronto cómo hice lo que hice.*

— *En ese caso, no le interrumpo más. Siga, por favor, siga.*

— *Se hace tarde. ¿Tiene inconveniente en que siga mientras nos dirigimos a Simpson's?*

— *Ninguno en absoluto.*

*La niebla había empezado a levantarse. Mientras caminábamos lentamente por las calles, aún cubiertas de un velo húmedo y lechoso, Holmes continuó con la narración.*

\*\*\*

Smythe fue puntual, y esa misma tarde nos encontrábamos en Islington, frente a una casa que debió haber visto mejores días. Demasiado grande para su jardín, era una monstruosidad estilo Tudor, con fachada de piedra oscurecida por la edad y el hollín. Mostraba todos los signos de un esplendor olvidado y de décadas de abandono, así como indicios de algunas reparaciones, recientes y superficiales, que deduje habían empezado desde que mi cliente y su esposa fueron a vivir a la casa.

—Mi tío ocupa casi toda la planta baja y el ala oeste del primer piso —me explicó Smythe—. Será mejor que espere mientras hablo con él. No sabe que viene usted.

Acepté para tener una oportunidad de examinar el vestíbulo. Ya sabe usted, Watson, que las casas suelen decir mucho acerca de la gente que vive en ella, y esta no fue una excepción. La personalidad avara del dueño estaba presente en cada desconchón sin arreglar, cada rincón mal barrido, y cada mancha de humedad. Sin embargo, los bustos y cuadros del vestíbulo mostraban no poco discernimiento. Vendiendo apenas un par de las piezas que allí había se habrían podido costear las reparaciones que la casa tan obviamente necesitaba.

Estaba examinando un excelente Albert Moore cuando unos pasos me hicieron volverme. Mi cliente, con una sonrisa levemente incómoda, venía acompañado de un anciano encorvado, de cejas pobladas y mirada brillante, que renqueaba medio paso por detrás. Iba vestido con una levita de treinta años atrás, y le protegía el cuello la bufanda que estaba usted examinando antes, Watson. Su expresión era una curiosa mezcla de hostilidad y aprensión.

—Señor Holmes —dijo Smythe, un tanto rígidamente—, mi tío, el señor Amos Fernville. Tío Amos, el señor Holmes viene a interesarse por el... eh... problema con su cuadro.

—Mi cuadro no tiene ningún problema —dijo Fernville, estrechando de mala gana la mano que le tendí. Su presa era débil y temblona. Su tez amarillenta y fofa, las escleróticas enrojecidas, y un cierto temblor nervioso que se percibía claramente en las puntas de su cabello, delataban el declive de salud del que me había hablado su nieto.

—Tío... —empezó Smythe, sin que el anciano le hiciera el menor caso.

—Y usted, señor Holmes, no tiene nada que hacer aquí—continuó Fernville, mirándome con recelo—. Este no es trabajo para un policía metomentodo. Si el incapaz de mi sobrino ha ido a verle, es asunto suyo. Pero esta es mi casa y yo no le he llamado.

—Ya que estoy aquí, señor Fernville —dije, dejando pasar el insulto— ¿qué daño hay en que me deje al menos ver el cuadro en cuestión? No como detective, si no lo desea, sino como aficionado al arte. Un antepasado mío, Vernet, fue pintor de cierto renombre.

—Vernet, sí —replicó Fernville—. Sobrevalorado. Poseo un par de piezas tuyas. Pero no me engaña: viene usted a mofarse, señor Holmes, a meterse donde no le llaman, a burlarse de cosas que le superan con mucho. Vea el cuadro si lo desea, y líbreme de su presencia después. No es bienvenido en mi casa.

—¡Tío, por favor!

—Y tú has abusado de mi confianza —replicó el anciano, volviéndose con una vivacidad que su edad no hacía suponer—. Llamas a detectives para que invadan *mi* casa y ganen acceso a *mis* posesiones. Pues te aviso: lo haces por última vez. Una sola intromisión más, una sola, Harold, y os encontraréis ambos, tú y tu mujer, en la calle.

Smythe palideció y pude ver que se contenía con esfuerzo para no dejar escapar alguna réplica airada. Odio las escenas, Watson, y odio ser testigo de dramas familiares que no me incumben; era hora de terminar con la situación.

—Señor Fernville —dije secamente—, si mi presencia le disgusta tenga por seguro que no la soportaré ni un instante más. No suelo poner mis talentos, por escasos que sean, al servicio de quienes no los han solicitado.

Di media vuelta, y allí habría acabado todo, y no estaría ahora contándole esta historia, Watson, si Smythe no se hubiera interpuesto físicamente en mi camino.

—¡Señor Holmes, señor Holmes, se lo ruego! Mi tío no está bien. Es el miedo lo que le hace hablar así, se lo aseguro. Tío Amos —siguió, volviéndose hacia el iracundo anciano—, permita al menos que el señor Holmes vea el cuadro. No deseamos otra cosa.

—Ya le he dicho que si eso hace que salga de mi casa, puede mirarlo todo lo que desee —dijo Fernville, y me di cuenta de que su resistencia anterior había sido, en parte, fingida. En el fondo, el viejo necesitaba que alguien más fuera testigo del fenómeno que tanto había alterado su vida, pero no quería dejarlo ver.

Irritado por este juego de sobreentendidos que ni me interesaba ni me incumbía, me dirigí hacia el estudio donde estaba el famoso cuadro sin cruzar una sola palabra más. Smythe me siguió atropelladamente y Fernville, entre imprecaciones, renqueó para alcanzarnos.

Yo quería hacerme una idea clara de la sala y de la ubicación del cuadro sin interferencias externas, y en los dos o tres valiosos segundos de que dispuse para ello observé cosas sumamente interesantes.

La habitación era una sala grande y bien iluminada que había sido destinada originalmente a comedor formal. El suelo, de madera, estaba parcialmente cubierto por alfombras valiosas pero desvaídas. Por todas partes se veían los huecos dejados por piezas que habían estado en su sitio durante décadas, a juzgar por las marcas en suelo y paredes, pero que habían sido vendidas recientemente. Aun así, quedaba un buen número de cuadros y esculturas que daban a la estancia un aspecto mitad de museo, mitad de desván. No había orden aparente en su disposición, y todas ellas mostraban



huellas de descuido: polvo, pátinas y telarañas deslucían lienzos, bustos y relieves. En el aire pesaba un olor acre y denso a telas polvorientas, cera rancia y óleos.

El cuadro había sido colocado sobre una silla, con el envés hacia el hueco de la chimenea, en el lugar mejor iluminado de toda la sala. Su hermoso marco tallado no mostraba una sola mota de polvo. El lienzo mostraba lo descrito por Smythe: el retrato de un caballero de uniforme, de factura un tanto torpe y manida. Sobre su hombro pude ver de inmediato el rostro demoníaco que me había llevado hasta allí.

No soy hombre impresionable, y estaba preparado para ver algo de factura inquietante, Watson, pero noté que mi pulso se aceleró al cruzar mi mirada con los ojos desiguales y malignos del rostro del cuadro. El efecto era violentamente desagradable; el rostro, levemente en escorzo, era deforme y a la vez curiosamente realista. Parecía salir del retrato, más un relieve que una impronta, a diferencia de la expresión plana y anodina del caballero retratado.

Me acerqué, atraído a mi pesar por el fenómeno, cuando Smythe y Fernville me alcanzaron.

—¿Lo ve usted? —preguntó Smythe, en un susurro casi atemorizado.

—Es difícil no verlo —repuse, sacando del bolsillo mi lente de aumento y examinando el rostro—. ¿Era así de claro al principio?

—En absoluto —dijo Fernville, considerablemente menos enérgico ahora—. Las manchas eran mucho más difusas, y no noté ningún cambio en ellas hasta pasado algún tiempo.

—¿Podría decirme exactamente cuándo, y en qué circunstancias?

—Cuándo, un par de días después de comprarlo. Lo había colocado allí —señaló una mesa de madera oscura a un lado de la chimenea—, y estaba leyendo junto al fuego cuando un leño se partió. El súbito resplandor de las llamas me hizo levantar la cabeza, y me encontré mirando directamente al rostro. Antes estaba allí pero de golpe adquirió, no sé cómo explicárselo, más claridad, más nitidez.

—¿La primera visita del señor Saw fue después de esa noche?

—Sí, pocos días después —Fernville parecía considerablemente menos reactivo a mi presencia y más dispuesto a hablar del fenómeno, aunque en su voz se percibía el temblor de alguien que lucha contra un miedo interno—. Le hice venir para que viera el rostro cuando estuve seguro de que no había imaginado el cambio.

—¿Y cuál fue su opinión?

—Que el rostro había cambiado, sin duda. Usted mismo puede ver cómo está ahora; lo vemos cambiar día a día.

No respondí, ocupado en examinar también el marco y el envés del lienzo, que estaba desgastado; la luz se filtraba por algunos pequeñísimos agujeros.

—¿Colocó el cuadro usted en esta silla y ante la chimenea? —pregunté a continuación, incorporándome tras mi examen y volviéndome hacia los dos hombres.

—No, fue Saw. Yo no me atrevo a tocarlo —en la voz de Fernville se percibía ahora el tono de extrañeza que me es familiar cuando un cliente no entiende el propósito de alguna de mis preguntas.

—¿Saw llega a quedarse a veces a solas con el cuadro cuando viene?

—En raras ocasiones, si tengo que salir por algún motivo a dar órdenes a los sirvientes. No les permito que entren aquí.

—Señor Fernville —dije entonces—, entiendo su inquietud; ciertamente el rostro es siniestro en extremo, y usted parece temer que traiga alguna desgracia a su casa. Por eso mismo no me explico su reticencia a deshacerse del cuadro.

—Saw me explicó... —Fernville vaciló—. Señor Holmes, estas cosas no suceden por casualidad. El mundo de los espíritus quiere algo de mí. El cuadro es una señal, una advertencia. Conservándolo, vivo sobre aviso, aunque le confieso que con miedo. Destruyéndolo, pierdo esa ventaja, y puedo atraer sobre mí algún horror, algún... castigo.

Mantuve su mirada un instante; el viejo apartó la suya y carraspeó. Todas las trazas de una conciencia culpable se hallaban presentes. Miré su mano, con una alianza que el tiempo había incrustado en la carne del dedo. Juzgué los signos de su persona, de su carácter y de su residencia y, por una vez, me arriesgué:

—Su esposa —dije suavemente. Fernville me miró con tal terror en el rostro que por un instante temí que sufriera algún tipo de ataque. Le eché de menos en ese momento, Watson; usted sabe cómo calmar una situación que mi deplorable gusto por lo dramático ha convertido en demasiado incómoda.

—No la traté bien, señor Holmes —musitó Fernville, toda traza de arrogancia desaparecida. Tras una breve mirada rápida a Smythe, que permanecía mudo y sobrecogido en un rincón, continuó, cobrando fuerzas a medida que hablaba—. No fui un buen marido, y Dios sabe lo que sufrió durante nuestra vida en común. Cuando me faltó, creo que fue un alivio para ella. Desde entonces he tenido ocasión de arrepentirme de sobra por mis faltas, pero siempre pensé que ella... Siempre pensé que yo merecía un castigo por todo lo que le hice.

—¿Sabe esto Saw?

—Se lo conté durante una de sus visitas. Estuvo de acuerdo en que ella tiene algo que ver.

—¿Y qué está haciendo al respecto?

—Saw tiene... Puede acceder a conocimientos de los que yo no dispongo. Entiéndame, señor Holmes, soy un buen cristiano, pero esto viene de un mundo en el que hay

poderes antiguos que no entendemos. Saw conoce fórmulas, ungüentos, rituales... Es todo con un buen fin. Dice que es cuestión de tiempo, nada más.

—Y usted le cree —afirmé, más para mí mismo que para ellos—. Ya veo. Bien, señor Fernville, le agradezco su tiempo y la información que me ha proporcionado. Ahora, como convinimos, le dejo.

Fernville pareció confuso un momento, como si, una vez decidido a hacerme partícipe de su calvario particular, no concibiera que yo no quisiera formar parte de él.

—¡Pero, señor Holmes...! —exclamó Smythe— ¿Es que no piensa hacer nada?

Yo miraba a Fernville, que se había quedado de pie, un poco encorvado, mirando fijamente el rostro demoníaco que aparecía en el cuadro. Me coloqué frente a él para que me mirara, lo que hizo con la expresión del que no había creído tener una última esperanza hasta que la perdió.

—Soy un detective consultor, señor Fernville. Lo sobrenatural, si existe, no me incumbe. Pero su sobrino me pidió ayuda, y sólo se la puedo dar en forma de consejo.

“Mi consejo es este: deshágase del cuadro. No espere a mañana, ni a esta noche, no desperdicie un solo momento: quémelo de inmediato. Señor Fernville, no hay nada sobrenatural en su cuadro, se lo aseguro. Lo que usted toma por un demonio mirándole es fruto de sus propios miedos y un poco de ingenio rastrero. Prohíba a Saw volver a entrar en su casa, niéguese a darle un solo penique más, y reduzca el cuadro a cenizas. Le aseguro que tras haber hecho todo eso volverá a dormir como un niño.”

—Cómo se atreve —dijo Fernville, con el rostro congestionado—. ¡Cómo se *atreve!* Cómo se atreve usted, metomentodo ignorante, a venir a mi casa, a mirar el cuadro cinco minutos, y a presumir que conoce los hechos mejor que yo mismo, que he vivido día y noche con este horror durante todo este tiempo. ¡Salga de mi casa ahora mismo! ¡Salga y no vuelva jamás! *¡Fuera!*

El último alarido de Fernville me encontró ya en el vestíbulo, pues como comprenderá había previsto tal reacción y no perdí un instante en dirigirme hacia la salida sin prestar atención a su arranque de genio. Smythe me siguió a toda prisa, atónito.

—¡Señor Holmes...!

Me volví hacia él y hablé con toda la seriedad de que fui capaz.

—Señor Smythe, su tío debe hacer lo que le he dicho. De lo contrario temo por él, y también por ustedes. Se encuentran en manos de un desaprensivo que no dudará en despojarles de todo lo que poseen si permite que siga ejerciendo una influencia tan poderosa sobre su tío. No puedo obligarles a que sigan mi consejo, por supuesto, pero volveré dentro de uno o dos días y les proporcionaré abundantes pruebas que respaldarán por completo lo que les acabo de decir. Cuente con ello. Mientras tanto, es imperativo que haga todo lo posible para impedir que su tío hable a Saw de mi visita a su casa.

Smythe me miró un momento con ojos como platos, pero asintió. No esperé a una despedida formal; cogí mi sombrero y salí de la casa.

~ Capítulo Tercero ~

*Absorto como estaba por el relato de Holmes, apenas fui consciente de cuando dejamos el frío pegajoso de la niebla y entramos en la atmósfera cálida y brillante de Simpson's, repleta de aromas suculentos y del murmullo sedante de las conversaciones de los comensales. El camarero nos sentó en una mesa apartada. Holmes interrumpió su relato lo justo para pedir una cena sustanciosa precedida de un aperitivo. Acababan de traernos sendas copas de Jerez, y cuando Holmes hizo una pausa para beber un trago, no pude evitar interrumpirle.*

*—Cielo santo, Holmes, lo que me ha descrito es casi increíble. ¿De veras había un rostro? Le confieso que esperaba que me revelara que se trataba de algún juego de luces y sombras, una ilusión óptica como las que se ven a veces en las nubes.*

*—No, Watson, era realmente un rostro. Quizá empezara como la ilusión que usted dijo, y fuera un fenómeno fortuito, pero se había convertido, o mejor dicho, lo habían convertido, en un rostro sin lugar a dudas.*

*—¿Cómo está tan seguro? ¿Vio pinceladas en el rostro?*

*—No; pero no hacían falta. Vamos, Watson, le he dado todas las claves —Holmes dejó la copa y sus largos dedos se desplegaron en una impaciente enumeración—. La ausencia de polvo en el cuadro; la posición del lienzo; el hecho de que Fernville no deje entrar a los sirvientes en esa sala; la mención de los ungüentos.*

*Llevaba con mi amigo el tiempo suficiente como para poder aplicar sus métodos, y la enumeración de Holmes me hizo vislumbrar algunas partes de su razonamiento.*

*—Saw manipula el cuadro cuando Fernville le deja solo. Y los ungüentos... ¿algún preparado químico que oscurece el barniz?*

*—¡Excelente, Watson! Aumentando los miedos del anciano se asegura de que nadie más toque el cuadro, y cuando le dejan solo, Saw dispone de algunos minutos para aplicar el producto a las manchas, haciéndolas más nítidas y dando al rostro un aspecto cada vez más amenazador. Le comenté también que el lienzo mostraba algunos agujeros. Imagine el cuadro, con el fuego de la chimenea tras él. Lo verá claro cuando le diga que esos agujeros estaban sobre todo a la altura de los ojos del rostro.*

*—Dios mío... Para Fernville debió ser como ver a un demonio despedir el resplandor de las llamas del infierno por los ojos. No me extraña que estuviera tan asustado. Pero, ¿y la ausencia de polvo?*

*—Saw limpió el marco cuidadosamente. Si hubiera dejado polvo, forzosamente se hubieran visto las huellas de sus manipulaciones, y Fernville todavía está lo bastante lúcido como para darse cuenta de eso.*

*—Qué treta más repugnante. Asumo que el móvil era estafar tanto del dinero de Fernville como fuera posible, aprovechándose de su superstición y de su conciencia culpable.*

—Sin duda. Por eso salí de la casa sin explicar en detalle mis afirmaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Tanto Fernville como Smythe se encontraban en un estado de aguda excitación nerviosa. He aprendido que es inútil usar la lógica para librar a alguien de unas nociones que adquirieron sin mediación de la lógica. Yo me proponía atacar con las mismas armas del estafador, y preparar en mi pequeño laboratorio un producto que creara un efecto semejante, para demostrar a Fernville cómo habían estado abusando de su credulidad —mi amigo se detuvo y su rostro se ensombreció—. Ah, Watson, aquello fue un error. Mi afición por lo dramático, mi idea de crear una demostración impactante y espectacular, me traicionaron en esa ocasión. Debí haber previsto lo que ocurriría; debí haber actuado en aquel momento con todos los recursos a mi alcance.

—¿Por qué dice eso, Holmes? ¿Qué ocurrió? —pregunté, alarmado por su tono lúgubre.

—Al día siguiente muy de mañana recibí un telegrama de Lestrade —respondió, y su rostro se ensombreció todavía más—. Fernville había muerto.

\*\*\*

El telegrama de Lestrade conseguía el prodigio de ser prolijo en palabras y parco en información. Pude sacar en claro que Smythe había encontrado a su tío muerto en el estudio cuando se levantó, y aunque no había señales de violencia, llamó a la policía y les comentó que había contratado mis servicios, por lo cual Lestrade decidió llamarme. Tomé el primer tren que pude y llegué a Islington con el ánimo perturbado, pero sabiendo que necesitaría tener la mente clara si mis temores respecto a la muerte de Fernville se confirmaban.

No es la primera vez que pierdo un cliente, Watson. Usted recordará sin duda al pobre Hilton Cubitt, y a John Openshaw, cuyas muertes todavía me remuerden la conciencia. Y aunque en este caso la lógica me obligaba a reconocer que difícilmente hubiera podido impedir lo que ocurrió, no pude evitar sentir ese pequeño aguijón de dolor, el pensamiento insistente de que podría haber hecho las cosas de otro modo, podría haber sido más astuto, más convincente, más previsor... Pero me desví del caso.

Encontré la casa de Islington en el estado de confusión normal en estas ocasiones. Lestrade y un par de policías de uniforme vagaban por los alrededores con un aire de ineficacia oficial que en otras circunstancias hubiera encontrado cómico. Mi cliente estaba sentado en el vestíbulo, abatido y muy pálido, pero antes de poder ir hasta él Lestrade me vio y vino a mi encuentro.

—Ah, señor Holmes —dijo, estrechándome la mano y sonriéndome con su sonrisa afilada de comadreja—. Pensé que debía llamarle, aunque el caso parece bastante claro. De hecho no lo llamaría un caso, más bien un desgraciado accidente.

Había un cierto temblor inquieto alrededor de los ojos acuosos del inspector, y deduje que no me había llamado únicamente como cortesía profesional.

—¿Cuál es su teoría, Lestrade? —pregunté abruptamente; mi humor no estaba como para charlas intrascendentes.

—Bueno, el viejo estaba en su estudio, últimamente pasaba muchas horas allí, según el sobrino. Algo debió asustarle por la noche; parece que sufrió un ataque. Se golpeó la cabeza contra el mármol de la chimenea, pero es pronto para decir si fue eso, y no el ataque, lo que le provocó la muerte.

—¿Le ha comentado Harold Smythe el estado de ánimo de su tío a causa de un cuadro?

—Sí, um, me lo ha... Es decir, eh, lo he visto —dijo Lestrade, rehuyendo mi mirada—. Curioso fenómeno, ¿no le parece? Casi se diría que... Um. No negaré que produce una fuerte... impresión.

—¿Sería posible examinar el estudio? Espero que sus agentes no hayan tocado nada, Lestrade. Fernville era el tío de mi cliente y, como cortesía, me gustaría examinar las circunstancias de su muerte tan detalladamente como sea posible.

—No, no hemos tocado nada, Holmes —replicó Lestrade, molesto—. Sabe que hace tiempo que solemos aplicar algunos de sus métodos en nuestras investigaciones, aunque personalmente creo que en la mayoría de los casos, y más en este, son exagerados e innecesarios.

—Estoy seguro de que lo cree —dije—. ¿Me permite pasar?

No esperé su respuesta y me dirigí hacia el interior, eligiendo no hacer caso del murmullo a todas luces disgustado que raspó a mis espaldas. Cuando llegué a donde estaba mi cliente, le ofrecí mi mano. Él la estrechó maquinalmente.

—Señor Smythe, lamento mucho esta desgracia. Dígame qué ocurrió, por favor —le rogué—. El inspector Lestrade no me ha proporcionado todos los detalles.

—Señor Holmes... No... no estoy seguro. Ayer, tras irse usted, mi tío me echó de su estudio y se encerró en él durante horas. Se negó a cenar; cuando nos retiramos, todavía seguía allí y nos echó a cajas destempladas. Es mi costumbre levantarme muy temprano y trabajar un par de horas antes del desayuno. Cuando salí de mi cuarto y vi que el de mi tío tenía la puerta abierta y la cama sin deshacer, bajé a ver si se había dormido en el sillón y... le encontré en el suelo. Temo... temo haber causado esto, al traerle a usted a casa...

—No piense en eso ahora —ordené secamente, esperando poder hacer yo lo mismo—. ¿Tocó el cuerpo?

—Le... le busqué el pulso, le levanté la cabeza. Había sangre... —Smythe se miró las manos y pareció a punto de desmayarse. Le hundí bruscamente la cabeza entre las rodillas y le insté a respirar profundamente.

—Agente, traiga un poco de brandy, rápido —el policía, un ejemplar típico de nuestras fuerzas del orden, con la masa y el cerebro aproximados de un buey, miró a Lestrade.

Recibiendo una desganada inclinación de cabeza del inspector, desapareció y volvió al poco con el brandy. Tras beberlo, Smythe recuperó un poco el color.

—Quédese aquí. No tardaré mucho —dije, y entré en el estudio.

—No hemos tocado nada, como ve —dijo Lestrade desde la puerta, con tono aburrido—. De todos modos le diré que todo parece normal.

Todo, pensé, menos el cadáver que yacía boca arriba junto a la chimenea.

Usted conoce mis métodos, Watson, y no le aburriré con una descripción detallada de todo lo que examiné; baste con decir que no había indicios de violencia ni de lucha. En la alfombra se marcaban las huellas de alguien que, agitado, había dejado caer ceniza de un cigarro en cuatro puntos.

El cigarro estaba en el cenicero, junto a otros dos. Lestrade me vio examinándolos.

—Son la marca que fumaba el viejo —me dijo—. No hay nada extraño ahí, Holmes.

Me incorporé con un pequeño suspiro de exasperación.

—No hay nada extraño si no mira usted las colillas, Lestrade —dije secamente—. Observe: dos de ellas han sido apuradas al máximo, y hay claras marcas de dientes. La otra ha sido apagada mucho antes, y muestra abundantes huellas de saliva, pero ninguna de dientes. Esa colilla fue fumada por Fernville. Las otras dos, por un hombre más joven que tiene la costumbre de hablar mordiendo el cigarro. Un hombre que se paseó por esa alfombra gesticulando con vehemencia, y durante cuya visita Fernville perdió los nervios hasta el punto de tirar su propio cigarro al suelo: vea la quemadura reciente en la alfombra. Luego lo recogió y lo dejó en el cenicero.

Lestrade boqueó, y se acercó para mirar el cenicero, como si no pudiera creer en la realidad que tenía ante los ojos.

—Que me aspen, señor Holmes, no le diré que no es un pequeño detalle curioso —dijo—. Pero eso sólo quiere decir que el viejo tuvo visita anoche.

—Quiere decir mucho más —dije irritado, un poco para mí mismo, y me arrodillé junto al cuerpo. Fernville yacía boca arriba, con los ojos abiertos y la cara contorsionada en un rictus. Estuve a punto de decir en voz alta “Bien, Watson, ¿qué opina de esto?”, pero me detuve a tiempo. La sangre en la parte posterior de la cabeza provenía de un golpe dado contra el remate de mármol de la chimenea, sin lugar a dudas, aunque la bufanda que Fernville todavía llevaba estrechamente anudada al cuello había amortiguado un poco el impacto. Como cadáver, Fernville era mucho menos informativo que en vida. Me levanté con un suspiro.

—Lestrade, yo en su lugar buscaría de inmediato a un hombre que se hace llamar Xavier Saw. Es el visitante de Fernville y, en el mejor de los casos, es la última persona que lo vio con vida.



—Saw, ¿eh? El sobrino no nos ha hablado de eso —comentó Lestrade tomando notas en su libreta, con un tonillo que quería ser sagaz y que me dio ganas de abofetearle—. Bien, le buscaremos, aunque dudo que pueda añadir nada más.

—¿Eso cree? ¿Y qué cree usted que ocurrió, Lestrade?

—Lo que ya le he dicho. El viejo estaba en el estudio, y algo le sobresaltó. El cuadro, seguramente: esa cara rara que se ve debe dar escalofríos de noche y sólo con la luz de las llamas de la chimenea. Cayó hacia atrás, y se golpeó la cabeza. La muerte debió ser instantánea, o casi. Si usted dice que tuvo un visitante, pues bien, quizá fuera así, pero eso no añade ni quita nada al caso.

—No añade ni... Lestrade, si quiere presumir de su pomposa ignorancia, hágalo ante alguien que no sea yo. ¿Ha hablado con Smythe? ¿Sabe la historia del cuadro, las visitas de Saw, la venta de objetos de arte que ha ido realizando Fernville?

—Sí, sí, sí, señor Holmes, ya sé. Usted siempre insiste en esas minucias. Asignaré algún agente a ello, ya nos enteraremos de todo. ¿Ha terminado aquí?

Le juro, Watson, que en ese momento lo vi todo rojo. Pese a todos sus defectos, Lestrade no es exactamente un imbécil integral; posee constancia y cierta astucia rastrera que le sirve a veces para dar caza a algún que otro criminal. Pero aquí estaba dispuesto a pasar por alto detalles cruciales, detalles de vida o muerte, simplemente porque ya se había formado una idea de lo ocurrido y no estaba dispuesto a dejar que cosas tan insignificantes como los *hechos*, las *pruebas* o las *pistas* le hicieran cambiar de opinión. La credulidad de Fernville nacía del miedo, la culpa, y las hábiles mentiras de un manipulador. Pero Lestrade llevaba unas anteojeras que se había puesto voluntariamente para no complicar su pequeña y mezquina vida de funcionario del gobierno. Puestos a elegir entre esos dos fallos del raciocinio humano, soy mucho más capaz de entender el de Fernville.

Algo de lo que estaba pensando en este momento debió asomar a mi expresión, porque Lestrade carraspeó, masculló algo sobre vigilar a sus hombres, y salió de la estancia. Un instante después oí su voz atiplada gritándole algo a uno de los agentes. Me desentendí de él y me volví hacia el cuadro.

No me importa decirle que para entonces ya sentía por el rostro una antipatía rayana en el aborrecimiento. Lo que había empezado como un juego había seguido como un delito, y había terminado en una muerte que, quizá, apuntaba a un criminal. Nada en el cuerpo hacía suponer que la bonita teoría de Lestrade no fuera cierta, pero yo no podía admitirlo con la misma liviandad de espíritu. Si las pruebas me llevaban hasta una muerte accidental, las seguiría hasta allí. Pero todos mis instintos me decían que el final del camino sería mucho más siniestro.

El rostro seguía allí, tan odioso como siempre; parecía mirar al cadáver con una sonrisa de satisfacción y sentí un impulso repentino de hacerlo pedazos allí mismo. Pero me limité a sacar mi lupa y examinarlo cuidadosamente en busca de indicios de manipulación. Al acercarme percibí un leve aroma a disolvente; Saw había hecho algo la noche anterior, pero el rostro presentaba el mismo aspecto que cuando yo lo vi por primera vez. Me erguí, ahogando una exclamación.

Lestrade vino hacia mí de nuevo con una sonrisa divertida que empezó, imagino, cuando me vio olisqueando el lienzo. Pero pasé de largo y fui hacia donde mi cliente, que había recuperado un poco el color.

—Señor Smythe —dije—, ahora debo irme. Pero volveré esta noche y espero para entonces tener información que pueda servirle para, al menos, entender parte de esta tragedia.

Smythe boqueó en busca de una respuesta que no esperé a escuchar. Salí de la casa a paso rápido y me dirigí a la estafeta de correos más cercana. Si la policía había decidido cerrar los ojos, tanto mejor; por mi parte, decidí que había llegado la hora de tener una conversación con el señor Xavier Saw.

\*\*\*

Si se quiere encontrar a alguien en Londres, Watson, se puede hacer mediante los recursos de Scotland Yard que Lestrade tiene a su disposición —y que tan mal usa—, o recurrir a otras vías, menos ortodoxas pero más efectivas, de las que yo puedo echar mano con mucha más facilidad. Mi visita a la oficina de correos tenía como objetivo poner algunos telegramas que acabarían en breve plazo en manos de gente tan familiarizada con los bajos fondos de Londres que para ellos encontrar a Saw, se escondiera bajo el alias que se escondiera, sería juego de niños. Por supuesto, me refiero a los Irregulares de Baker Street.

Mi necesidad de acción en esos momentos era grande. No soy hombre que guste de sentarse a esperar acontecimientos, y estaba convencido de que el tiempo era, en este caso, esencial. Tuviera o no algo que ver con la muerte de Fernville, Saw debía saber a estas alturas de mi visita del día anterior; las probabilidades de que estuviera escapando o a punto de hacerlo eran altas, y yo no podía hacer más que enviar una descripción de Saw que obtuve de Smythe, confiar en los recursos de los bajos fondos, y esperar. De modo que volví a Baker Street y esperé.

Poco después de mediodía, nuestras habitaciones estaban saturadas del humo del tabaco que me había fumado, y de mi impaciencia y creciente malhumor. Me temo que fui bastante seco con la señora Hudson cuando vino a preguntarme si quería comer algo, aunque el cielo sabe que a estas alturas nuestra excelente patrona debe estar más que acostumbrada a mi carácter.

Por eso, cuando llamaron a la puerta, salté de mi asiento con una exclamación de alegría y la abrí de golpe, para encontrarme con la cara sobresaltada y surcada de venillas de *Pinky* Dobbs, al que no di tiempo ni a saludar antes de hacerle entrar, sentarle en un sillón y anticiparme a su petición de “algo para mojar el gaznate”. *Pinky* es un buen tipo, dentro de lo que cabe; su especialidad es pasar bienes robados, y está al corriente de todos los falsificadores y ladrones del East End. Era uno de los tres hombres que esperaba que me trajeran noticias fiables.

—No le diré que fue fácil, señor Holmes —me dijo, tras una descripción complicada y espuria de sus hazañas como sabueso por los peores barrios de Londres—, no le diré que fue fácil, no señor. Es escurridizo, su hombre, el doble de listo que de feo, y la

mitad de confiado que de sincero. Estuvo en Londres hace unos años bajo el nombre de Eddie Stallman, forrándose vendiendo falsificaciones de arte, dicen. Tuvo que salir por pies porque la poli iba tras él, pero se ve que volvió hace medio año, y se estableció en el East End. Tampoco le diré que lo vaya a encontrar, la verdad. Wilkins y Davies están vigilando, pero vimos mucho movimiento de cajas y de paquetes. Si quiere que le diga lo que pienso...

—No quiero que me digas lo que piensas, Pinky —dije abruptamente, colmada la poca paciencia que me quedaba—. Quiero menos charla y una dirección.

—Fordham Street, número tres, señor Holmes, no me mire así... ¡Eh!

Cogí mi abrigo y me lancé escaleras abajo antes de que Pinky se levantara de su asiento. Un *hansom* me llevó hasta el East End, y me encontré en Fordham Street, contemplando el edificio de ladrillo ennegrecido donde se suponía que encontraría a mi presa.

Allí estaba Wilkins, que al verme dio un respingo y miró a todas partes como si esperara ver aparecer a todo Scotland Yard. Le tranquilicé al respecto y le pregunté si Saw seguía en la casa.

—Sí sigue, señor Holmes, en el primer piso lo tiene —replicó, para mi alivio—. Pero le diré, para mí que no hará noche ahí. Le ha entrado una prisa tremenda, de repente.

—Está bien, Wilkins. Gracias —le alargué un chelín—. Puedes irte ya.

Optando por la vía directa, subí las húmedas y oscuras escaleras y llamé a la puerta. El mismo Saw la abrió; detrás suyo se veía una habitación en la que los únicos muebles eran cajas de embalaje, paquetes y algunas bolsas.

—Señor Saw —dije, empujando negligentemente la puerta con mi bastón. Durante un instante Saw parpadeó confuso, pero luego su expresión cambió a una de alarma.

—Usted... ¡Usted es Sherlock Holmes! —exclamó.

—Bien observado —dije con sequedad—. ¿Se marcha?

Le diré una cosa, Watson: Saw me sorprendió. Como mínimo, era un timador, un hombre sin escrúpulos que había usado la superstición de un viejo para sacarle todo el dinero posible. Esperaba de él precisamente lo que estaba haciendo: huir. Lo que no esperaba es que, tras la primera reacción de sorpresa, me franqueara el paso y se dirigiera a mí con bastante tranquilidad.

—Sí, ya ve. He terminado con unos asuntos que me trajeron aquí. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Amos Fernville, a quien usted conoce, murió anoche —dije. Saw pareció sorprendido.

—¿De veras? Lo lamento mucho; tenía una relación profesional con él. Una lástima, aunque claro, era muy anciano, y su salud no era muy buena. ¿Conocía usted a la familia?

—Señor Saw, voy a dejarme de rodeos con la esperanza de que usted haga lo mismo: estuvo usted con él anoche.

—¿De veras, señor Holmes? ¿Estuve allí? —replicó él con insolencia—. ¿Y usted también estaba, imagino, y nos vio?

—No, no estuve. Pero sé que estuvo. Sé que Fernville le llamó anoche. Sé que usted acudió, sé que discutieron. Sé lo que ha estado haciendo con el cuadro, Saw.

—No he estado haciendo nada —fue la tranquila respuesta—. El cuadro fue vendido legalmente. Tengo en mi poder el recibo que lo demuestra, si desea verlo.

—No pongo en duda que la venta fue legítima. Pero ha estado usted estafando a Fernville con el asunto del rostro misterioso que se supone aparecía en el cuadro, Saw.

—Señor Holmes, señor Holmes —dijo Saw con una carcajada—. ¿Estafando? No hay necesidad de usar una palabra tan fea. Yo intentaba, en todo caso, ayudar al pobre caballero con su problema.

—Un problema que usted creó. No soy estúpido, Saw; de modo que no me tome por tal. Los cambios en el rostro son obra suya, y también es usted responsable de la pérdida de la fortuna de Fernville con sus requerimientos de dinero para comprar remedios tan caros como inútiles. Puedo demostrar que usted alteró químicamente el barniz del cuadro para que el rostro aparentara cambiar. Es muy probable que Fernville le llamara anoche para acusarle de tal hecho. Quizá mi visita le provocó un atisbo de duda sobre la realidad de la pesadilla sobrenatural en la que creía estar inmerso; no puedo saberlo con seguridad.

“Lo que sí sé es que usted fue a la casa cuando el resto de la familia ya se había acostado. La visita empezó con normalidad, como las anteriores; aceptó usted los cigarros que Fernville le ofreció, fumaron mientras hablaban. En algún punto de la velada, Fernville abandonó la estancia. Usted aprovechó ese momento para intentar cambiar el rostro de nuevo, quizá con la idea de disipar las sospechas del anciano; pero Fernville volvió antes de lo previsto y le atrapó. La discusión se volvió agitada.

“Ignoro si Fernville estaba vivo cuando usted salió de la casa, Saw. Pero sé que es usted un estafador y que, indirectamente, tuvo algo que ver con su muerte. Su marcha precipitada de aquí no ayuda si quiere usted aparentar inocencia, y su pasado como vendedor de falsificaciones tampoco.”

Durante la pausa que siguió vi endurecerse los rasgos de Saw, y durante un instante lamenté haber ido solo y desarmado. Aferré el bastón con más fuerza. Pero Saw acabó sonriendo por un lado de la boca, y rió entre dientes.

—Ya veo, señor Holmes, ya veo. La otra vez que vine a esta ciudad infecta sólo tenía que preocuparme por la policía, pero se ve que sus capacidades están a la altura de lo que se cuenta de usted.

“Ya que quiere saberlo, sí, estuve con él anoche. No pretendía guardarlo en secreto, pero visto que el viejo murió, y como usted dice, teniendo en cuenta mi pasado, pensé que sería mejor una discreta salida de escena.”

—¿Le mató usted?

—¡Cielos, no! Lo que dice es cierto; jugué un poco con esas manchas de barniz, y el viejo hizo el resto. Yo sólo tuve que alimentar su fantasía de vez en cuando, pero en realidad fue él mismo. Veía cambios en el rostro incluso cuando yo no había hecho nada; me confesó la historia con su mujer, y casi me rogaba que aceptara su dinero. Me inventé los rituales, y me embolsé el dinero. ¿Qué podía hacer? Era demasiado fácil; prácticamente le estaba haciendo un favor. Tendría que haber visto lo patéticamente agradecido que se mostraba cuando yo mascullaba algunas tonterías en egipcio inventado. Pedía a gritos que se le estafara.

“No debió inmiscuirse, señor Holmes; Fernville estaba muy contento con su pequeño trozo de infierno en la tierra y su ilusión de que mis manipulaciones hacían algo para ayudarlo. Pero llegó usted y Fernville empezó a dudar. Es verdad: me telegrafió esa misma tarde, ordenándome que fuera a su casa, y me habló de su visita.

“Las cosas fueron más o menos como usted ha dicho; el viejo se ausentó un momento y yo pensé que un buen susto ayudaría a que se olvidara de ideas de fraudes y timos, de modo que empecé a trastear con el disolvente que había mezclado para estos casos y que siempre llevaba conmigo cuando iba a esa casa. Pero Fernville me sorprendió; se me ocurre ahora que quizá se ausentó adrede, para ver si podía sorprenderme. Pues bien, me sorprendió.

“Se puso furioso, me acusó de toda clase de cosas, llegó incluso a invocar al espíritu de su esposa muerta para que me fulminara. En vez de eso se le contrajo la cara y cayó al suelo.

“Bueno, imagine mi susto, señor Holmes; no esperaba que tuviera un ataque delante de mí, entiéndalo. Nunca le quise mal, especialmente sabiendo que era un patrón tan generoso con su dinero. Intenté reanimarle con todos los medios a mi alcance, le aflojé el cuello, le di aire... Pero no había nada que hacer; estaba muerto.

“Entonces me asusté. Mi hoja de servicios no es lo que se dice inmaculada; mi presencia en la casa sería incómoda de explicar, sobre todo para mí. Ya no podía hacer nada por él, y la familia lo encontraría por la mañana... Así que me fui.

“Puede usted llamarme estafador, y puede acusarme de irreverencia con los muertos, señor Holmes. Pero no puede llamarme asesino. Yo no maté a Fernville. Si quiere llamar a la policía, adelante; pero no he hecho daño a nadie. Si alguien hizo daño a ese viejo, fue usted. Usted, haciéndole dudar y enfrentándole a una realidad que él no quería aceptar. Si no se hubiera inmiscuido, Fernville seguiría probablemente vivo.”

Saw se cruzó de brazos y me miró con arrogancia. Yo le sostuve la mirada un largo instante. Estaba indeciso, Watson. Por un lado, Saw no parecía violento, ni especialmente dispuesto a escapar. Por otro lado, yo no podía permitir que saliera de aquella habitación. Porque, verá, mientras Saw hablaba, yo supe con absoluta certeza que había asesinado a Fernville.

~ Capítulo Cuarto ~

*Mientras recordaba la escena con Saw, Holmes había ido agitándose más y más, sin apenas tocar la deliciosa comida que tenía delante. Yo estaba resuelto a no interrumpirle, pero no pude evitar una exclamación cuando emitió una afirmación tan tajante.*

*—Pero Holmes, ¿qué dice? ¿Cómo podía estar tan seguro?*

*—Qué cosas pregunta a veces, Watson; debería ser obvio hasta para usted —replicó mi amigo con inusitada ferocidad, inclinándose hacia delante con vehemencia—. Ese hombre estaba ahí, delante de mí, sin saber si tenía la policía pegada a mis talones, diciéndome con todas las letras que había estafado, que se había aprovechado, que había usado el dolor y la culpabilidad de un hombre para sacarle los ahorros de toda una vida, que había perpetrado un mito inicuo para...*

*—Holmes, eso no es ni de lejos razón suficiente para... —objeté, aprovechando la pausa que hizo para tomar aire, pero acto seguido me levanté de la silla con una exclamación de horror.*

*Durante su parrafada, el semblante normalmente pálido de mi amigo había ido enrojeciendo más y más. Cuando se detuvo para respirar vi que sus ojos se ponían en blanco, que palidecía bruscamente, y que se echaba hacia atrás con un jadeo ronco y los miembros convulsos.*

*Yo estaba familiarizado con la naturaleza nerviosa de Holmes, y en alguna ocasión había visto cómo su salud sucumbía a las terribles privaciones que imponía a su organismo cuando un caso requería de todas sus facultades mentales. Pero nunca había visto un ataque tan severo ni repentino, sobre todo teniendo en cuenta que Holmes no se encontraba especialmente debilitado. Me abalancé hacia él a toda velocidad, apenas consciente de la consternación que la escena estaba causando entre los clientes del restaurante; le desabroché el cuello de la camisa mientras mi pobre amigo respiraba entre estertores, le aferré la muñeca buscando el pulso, y pedí brandy a voz en grito.*

*Una risa suave me detuvo en seco.*

*—Es usted muy amable, Watson, pero me apetece un café primero —dijo el detective, incorporándose en la silla con toda tranquilidad y apariencia perfectamente saludable.*

*—¡Holmes! —exclamé, aliviado durante un segundo al ver que mi amigo estaba bien, e iracundo al siguiente cuando me di cuenta de lo que había hecho—. Holmes, esto es demasiado incluso para usted, ¡debería avergonzarse! ¿A qué se debe esta broma de pésimo gusto?*

*—Le pido mil perdones, mi querido Watson —replicó Holmes, contrito, mientras tranquilizaba al camarero con un gesto—. En verdad debo aprender a moderar esta afición mía por lo teatral. Pero cedí a un impulso perverso cuando quedó claro que usted no había percibido el punto clave en mi narración.*

—¿Punto clave? —volví a mi silla, un poco mareado por los acontecimientos—. ¿De qué infiernos habla, Holmes? ¿Qué tiene que ver un ataque fingido con lo que me ha estado contando? ¿Me está diciendo que Fernville fingió su ataque?

—No, no, no, Watson —suspiró Holmes; acto seguido levantó ambas manos y las llevó a su camisa, abrochándosela lenta y teatralmente—. ¿Lo ve ahora?

—No veo nada —dije, más confuso que antes—. ¿Qué tiene de raro que se abroche la camisa? Yo se la había desabrochado antes, cuando ha llevado a cabo esa broma tan desconsiderada.

—Cierto, Watson, cierto. Usted, como un buen samaritano, acudió en socorro de un semejante que sufría, y realizó todas las acciones necesarias, o al menos aquellas que le di tiempo a realizar antes de "recobrarme". Y lo primero que hizo fue desabrocharme el cuello de la camisa para permitirme respirar mejor.

—Por supuesto, qué otra cosa...

—Sin embargo, recordará que Fernville llevaba su bufanda estrechamente anudada al cuello cuando lo encontraron, Watson —dijo Holmes gravemente. Vi la luz en un instante, como un relámpago cegador.

—Oh, Dios mío...

—Sí; Saw mintió cuando dijo que le aflojó el cuello. Describió perfectamente las acciones de alguien que intenta socorrer a un anciano, pero lo cierto es que no llevó a cabo tales acciones. Sabía que Fernville había tenido un ataque, aunque yo no había mencionado esa palabra. Estuvo allí, en efecto. Pero no como espectador horrorizado que intentó ayudar.

—Pero Holmes, Fernville pudo morir del ataque, fulminado, y Saw sencillamente no hizo nada por intentar reanimarle. Eso le convierte en un ser despreciable, pero no en un asesino.

—¿Entonces por qué mentir? Ya estaba confesando ante mí haber estado presente en su muerte. Si no le mató, ¿por qué mintió respecto a sus acciones? La mentira sobre aflojarle las ropas sólo tiene sentido si con ella estuviera encubriendo una acción mucho más siniestra. Algo frente a lo cual confesar tranquilamente una estafa no era nada.

"Yo vi todo eso en un parpadeo, y algo debió asomar a mi mirada, porque Saw abandonó su pose de tranquila insolencia. En ese momento me reproché de nuevo haber ido solo hasta allí. Había acorralado a una rata que aún podía morder."

—Holmes, no intentará decirme...

—Usted tiene siempre la amabilidad de embellecer sus relatos para hacerme parecer infalible, —dijo Holmes, con una sonrisa triste—, pero soy tan susceptible de error como el que más, y cometí un error yendo allí solo y desarmado. Eché de menos su presencia y su revólver del ejército junto a mí, Watson. Saw era más joven y más fuerte

*que yo, y empezaba a darse cuenta de que su historia no me estaba convenciendo. Su nerviosismo aumentaba, y con él la probabilidad de que se decidiera por algún curso de acción violento.*

*"Me disponía a hacerle creer que su historia me había convencido, y a salir de allí para llamar a Scotland Yard lo antes posible, cuando Saw pareció resolver una lucha interna. Su rostro se ensombreció, y en un instante me encontré mirando la boca de una pistola apuntada directamente hacia mi pecho."*

\*\*\*

Mi profesión no carece de riesgos, Watson. Usted lo sabe, puesto que ha compartido muchos conmigo, algunos de ellos ciertamente terribles. Pero raras veces he tenido un sobresalto mayor que cuando vi el arma de Saw apuntándome, no sólo por lo repentino del gesto, sino por el leve temblor que la animaba. Una mano firme empuñando un arma tiene sus propios terrores, pero un pulso alterado hace que la situación sea tan volátil que intentar razonar con el agresor puede ser contraproducente.

Me quedé inmóvil por completo, apretando el puño de mi bastón hasta hacerme daño en la mano, y sin saber muy bien qué hacer.

—No se mueva —dijo Saw. La voz le temblaba tanto o más que el pulso.

—No sea estúpido, Saw —dije fríamente.

—Que no sea estúpido... ¡Que no sea estúpido! ¿Quién es el estúpido, Holmes? ¿Quién está desarmado? Oh, ha sido usted muy listo hasta ahora. El viejo quiso ser tan listo como usted, ¿sabe? Me contó lo que usted dijo. Que el cuadro no encerraba ningún misterio. Quería saber si yo le había estado engañando.

Saw parecía cobrar fuerzas de su propia voz. Su mirada y su mano se hicieron más firmes. Yo me mantuve aparentemente inmóvil, pero dejé de apoyarme en el bastón.

—¡Si le había estado engañando! —siguió Saw con una carcajada—. ¡Casi tres meses le costó darse cuenta, y fue sólo porque llegó usted! Fernville era un cretino, y su sobrino no le andaba a la zaga. Si les hubiera dicho que era de noche cuando el sol brillaba fuera, lo hubieran creído. El recuerdo de su esposa muerta había sorbido el seso del viejo; veía su fantasma en todas partes. Parecía *desear* que el cuadro estuviera embrujado. Era el dinero más fácil que había ganado en mi vida, pero tuvo que llegar usted y estropearlo.

“Anoche aguanté que Fernville me gritara a la cara; aguanté que me tratara de ladrón y estafador, aguanté que me echara encima sus asquerosos escupitajos de viejo y que me dedicara toda clase de insultos.

“Entonces, de pronto, jadeó y se tambaleó, y yo... Le miré, miré mientras se ponía rojo, miré mientras alargaba la mano para apoyarse en mí. ¿Sabe qué? Sonreí. Yo había perdido mi fuente de ingresos, pero él no volvería a gritarme a la cara nunca más.”



Durante un instante Saw me miró con una sonrisa extendiéndose por su cara, la misma sonrisa que debió ver Fernville antes de morir. Las palabras surgieron de sus labios lenta y deliberadamente, con una especie de orgullo enfermizo que me provocó náuseas.

—Le empujé —dijo—. Le puse la mano en el pecho, le dejé ver lo que pretendía, casi me reí cuando vi la expresión en su cara. No hizo falta mucha fuerza; le empujé hacia atrás, así, y se golpeó la cabeza contra el mármol, y se quedó inmóvil. Le miré durante un instante; esperaba, no sé, que se levantara. Que el cuadro adoptara su rostro. Al fantasma de la mujer. Algo.

“Pero no pasó nada. No tuve miedo, ni antes, ni durante, ni después. Fue muy fácil.”

—De estafador a asesino —dije entonces. Saw abandonó su expresión soñadora y apacible; se abalanzó hacia mí y durante un instante pensé que iba a golpearme en lugar de dispararme, pero terminó agitando amenazadoramente la pistola bajo mi nariz.

—¡No se atreva a insultarme! —chilló, casi fuera de control—. Nadie va a insultarme nunca más. Ni usted, ni él.

Le miré en silencio un instante y decidí arriesgarme.

—La policía está aquí —dije con calma. Casi esperé la detonación del arma reventándome el pecho, pero durante un instante los ojos de Saw se abrieron con incredulidad, y luego se entrecerraron en súbita indecisión. Era lo que necesitaba, Watson; un instante de duda, un instante de confusión.

Lo aproveché. Mi bastón se abatió sobre el brazo que sostenía la pistola, mientras yo me apartaba a un lado tan rápidamente como pude. Sonó un *crac*, el arma se disparó, y sentí un fuerte tirón en el costado que me hizo trastabillar. Pero me recobré enseguida, con el bastón listo.

No hizo falta. Saw estaba en el suelo, aferrándose el brazo y gimiendo. La pistola, aún humeante, había caído a pocos pasos de él. La recogí de inmediato y le encañoné, jadeando un poco.

No ponga esa cara, Watson; no me había herido. La bala había atravesado un faldón de mi chaqueta, lamento decir que arruinándola para siempre. Saw tenía el brazo roto y se había derrumbado por completo; fue cosa de un instante avisar a la policía, y a partir de ahí todo ocurrió bastante rápido. Apenas había oscurecido cuando me encontré en la oficina de Lestrade en Scotland Yard, con el inspector mirando pensativo mi chaqueta destrozada.

—Bien, señor Holmes, por el modo en que balbuceaba hace un rato, no creo que nos cueste mucho sacar una confesión de ese tal Saw —dijo—. He mirado su ficha; tiene una lista de alias tan larga como mi brazo.

—Ya confesó ante mí antes —repliqué, cansado—, pero no creo que tenga dificultades en convencerle para que vuelva a hacerlo. Toda la frialdad que mostró después de asesinar a Fernville se derrumbó cuando se dio cuenta de que yo lo sabía; no resistirá un segundo interrogatorio.

—Bueno, bueno, lo veremos —dijo Lestrade—. Añadiremos también un cargo de intento de asesinato. Le fue de poco esta vez, señor Holmes.

—La pistola se disparó cuando le golpeé —expliqué, no por primera vez—. Admito que las intenciones de Saw hacia mi persona no eran precisamente saludables, pero no disparó para matarme, inspector.

—Aun así, aun así... Le fue de poco —repitió Lestrade. Aún parecía fascinado por mi chaqueta—. Un pájaro de cuenta, este Saw. ¿Y dice que todo lo hizo él?

—Fernville puso algo de su parte —dije secamente—. Fue él quien llamó a Saw por primera vez, y probablemente quien le dio la idea, aunque inconscientemente. Pero sí; la idea de alterar el rostro del cuadro, de inventarse falsos remedios, de hacer que Fernville dilapidara su fortuna... Todo fue cosa de Saw.

—Uno se pregunta por qué le mató, en ese caso. Al fin y al cabo, Fernville era la gallina de los huevos de oro.

—¿No ha escuchado nada de lo que le he dicho, Lestrade? Mi visita terminó con cualquier esperanza de seguir obteniendo dinero de Fernville, y cuando Saw se dio cuenta, bien... Ya sabe lo que pasó. No tenía intenciones homicidas cuando fue a la casa, pero aun así fue un asesinato a sangre fría, planeado y perpetrado en unos pocos segundos.

Súbitamente hastiado del caso, de Lestrade, y de Saw, me levanté y me dirigí hacia la puerta. Pero me detuve antes de salir.

—¿Sabe qué es lo más irónico de todo? —dije, con la mano en el picaporte—. Si Saw no hubiera dicho que le aflojó el cuello a Fernville, yo jamás hubiera podido probar lo que hizo. Si no hubiera hecho esfuerzos por encubrir su crimen, habría salido impune.

—Muchos criminales caen en ese error, señor Holmes.

—Un error que de nada les sirve a sus víctimas —suspiré. Lestrade no contestó, y salí del despacho, ansioso por volver a la paz de Baker Street y mitigar el regusto amargo que me habían dejado los últimos días.

~ Epílogo ~

Éramos los últimos clientes que quedaban en *Simpson's*. Los camareros revoloteaban a nuestro alrededor haciendo todo lo posible para darnos a entender que deberíamos marcharnos, pero yo apenas era consciente de ello. Acunando mi copa de coñac en la mano, miraba el rostro sombrío de Holmes y reflexionaba sobre la extraña aventura que acababa de relatarme.

—Corrió usted un riesgo espantoso, Holmes —dije por fin, todavía afectado por la vívida imagen de lo que pudo haber pasado en aquella habitación del East End. Él movió la mano en un gesto impaciente.

—Gajes del oficio, Watson, gajes del oficio. Y también mi propia estupidez, que a veces llega a extremos ridículos. Si alguna vez siente que debe ponerme en mi sitio, no dude en poner este caso por escrito para que su público vea lo falible que puede llegar a ser Sherlock Holmes.

—Vamos, amigo mío, sabe bien que no es así en absoluto —dije. A la vez, mi parte de escritor no podía evitar darse cuenta de las excelentes posibilidades narrativas del caso

—¿Qué ocurrió con el cuadro? —pregunté, incapaz de contener la curiosidad. Holmes tomó un sorbo de coñac.

—Smythe vino a verme dos días después. La casa había pasado a ser suya, aunque los gastos de Fernville habían dejado la propiedad muy endeudada. Smythe vendió el resto de la colección de su tío.

“También me trajo la bufanda; durante la encuesta supo el papel que había jugado en la detención de Saw, y me dijo que le gustaría que la tuviera yo. A mi vez, le pregunté por el cuadro. Smythe confesó haberlo destruido en cuanto tuvo oportunidad.”

Holmes movió la cabeza y sonrió con cierto aire de resignación sarcástica al recordar la escena.

—¿A qué viene esa cara, Holmes? Usted mismo recomendó a Fernville que destruyera el cuadro cuanto antes.

—Únicamente porque el cuadro era la excusa que estaba usando Saw para su estafa, no porque hubiera en él nada especialmente siniestro, ni mucho menos sobrenatural. Tras la detención de Saw, destruir el cuadro se hizo innecesario. Yo lo hubiera conservado; hubiera sido un interesante recuerdo de un caso que en muchos aspectos se salió de lo habitual.

—Sí, imagino que a usted le recordaría cosas diferentes que a Smythe —comenté con media sonrisa, y paladeé la expresión de mi amigo mientras intentaba decidir cómo reaccionar a mi comentario. Raras veces puedo dejar sin habla a Sherlock Holmes.

—De todos modos —continué, sin esperar su respuesta—, como usted dice, es un caso extraño. ¿No le parece un método muy complicado de estafar a alguien?

—Sí, si se hubiera ideado primero la estafa y se hubiera buscado luego a la víctima. Pero fue al revés, Watson. Fernville fue el que dio la idea a Saw. No tengo pruebas de lo que voy a decirle, entiéndame; pero estoy convencido de que la secuencia de acontecimientos fue más o menos así:

“Fernville, un hombre al que sabemos supersticioso, encuentra un cuadro con unas manchas extrañas que su imaginación convierte en un rostro. Intrigado por el fenómeno, compra el cuadro a un Saw que intenta malvivir de la venta de dudosos objetos de arte. Fernville no puede evitar comentar que las manchas le parecen un rostro. Saw es un oportunista de mente ágil; de inmediato se da cuenta de que eso revaloriza el cuadro. No sé lo que Fernville pagó por él, pero seguro que fue mucho más de lo que valía realmente.

“Bien, Fernville lleva el cuadro a su casa. Una noche, algo ocurre. Quién sabe qué: el juego de sombras de las llamas de la chimenea, probablemente, unido a un exceso de oporto. Sabemos ahora que Fernville tenía una conciencia culpable. Sea como fuere, el anciano cree que el rostro del cuadro ha cambiado. No es imposible que el propio Saw, al venderle el cuadro, le insinuara tal posibilidad. Fernville cree que ha ocurrido, y naturalmente llama al único experto en esos casos que conoce.”

—El propio Saw.

—Justamente. No sé hasta qué punto Saw tenía decidido su plan, pero tras una visita a la casa no pongo en duda que lo vio todo mucho más claro. La riqueza de su cliente, y la credulidad de sus habitantes, debieron bastarle para formar el plan casi en ese mismo instante.

—¿Sus habitantes?

—Sin duda. Recordará usted que cuando Smythe vino a verme le sugerí que el rostro del cuadro tenía pobladas cejas y era calvo.

—Sí, pero...

—Watson: yo no había visto jamás el rostro. Y cuando por fin lo vi quedó claro que los detalles que describí eran completamente erróneos. Pero Smythe, que cuando escuchó mi descripción ya había visto el cuadro perfectamente, se mostró de acuerdo con ella.

—¿Mentía?

—Era una posibilidad, desde luego, pero una que no tenía objeto alguno. No; Smythe era sincero. Y también, como mi pequeño experimento demostró, extraordinariamente sugestionable. Si alguien, hablando con la suficiente autoridad, podía convencerle de que lo que había visto con sus propios ojos no era cierto, estaba claro que cuando hablaba de cuadros embrujados no me la tenía que ver con un observador objetivo, agudo ni imparcial.

“Esto me dejaba con tres posibilidades: o bien el pretendido rostro era simplemente una ilusión óptica como las que se ven a veces en las nubes, o bien alguien se había tomado algunas molestias para falsificar los cambios, y convendrá conmigo en que la historia de Smythe sobre Saw apuntaba muy claramente a este último caso.”

—¿Y la tercera posibilidad?

—Que el cuadro estuviera genuinamente embrujado, por supuesto —dijo Holmes con una sonrisa—. No era algo que pudiera descartar, estrictamente hablando, en ese punto del caso, por mucho que esté convencido de la imposibilidad de esa situación. Aunque, por supuesto, el examen que realicé al día siguiente eliminó todas las posibilidades menos la de fraude.

—Obviamente.

—Obviamente, en efecto. Uno se pregunta, Watson, por qué Fernville cayó en lo que para un observador externo como usted o yo era un engaño bastante burdo. Yo sigo preguntándomelo, a pesar de que durante mi vida profesional he encontrado casos de credulidad muy parecidos. Y debo confesar que sigo sin respuesta; la necesidad de creer y una imaginación no controlada por la lógica más elemental forman, al parecer, una poderosa combinación.

—Que puede terminar en tragedia —añadí por mi cuenta, y vi ensombrecerse de nuevo el rostro de Holmes.

—Una fortuna perdida, una muerte que podría haberse evitado, un hombre que probablemente será colgado por esto —enumeró—. Hay estafas que salen caras.

—Al menos gracias a usted el asesino no ha escapado impune —dije, intentando distraer la atención de Holmes de la depresión nerviosa que solía atenuarle al final de un caso, y que claramente le rondaba ahora.

Holmes sonrió sin responder, apurando su copa. Le imité; sin excusas para seguir gozando de la hospitalidad de *Simpson's*, emprendimos el regreso a Baker Street por las calles silenciosas de Londres. La niebla se había levantado casi por completo, dejando apenas algunos cendales errantes alrededor de nuestros tobillos. En la neblina grisácea, arremolinada por nuestro paso, me parecía ver caras espectrales alzándose y hundiéndose como ahogados.

—Imaginación no controlada por la lógica —musité para mí mismo, sacudiendo la cabeza, irritado, para librarme del efecto que me había provocado la historia de Holmes. El detective caminaba a mi lado, en silencio. Entendí de inmediato, por supuesto, el por qué de mi comentario, pero no añadí nada.

—Es una pena, después de todo, que usted sacara de este caso únicamente una bufanda vieja —comenté para cambiar de tema. Conocía lo bastante bien a mi amigo como para saber que se habría negado a cobrar sus honorarios a Smythe.

Holmes me miró, y una sonrisa de genuino deleite le animó el semblante.

—¿Quién le ha dicho tal cosa, Watson? —replicó con un guiño—. Económicamente no saqué nada, cierto; pero no se puede decir que no obtuviera nada de él.

“Los dos Vernet de Fernville adornarán dentro de poco nuestras habitaciones, regalo de Smythe. Los llevé a que les cambiaran el marco y deberían estar listos ya. ¿Le apetecería venir conmigo mañana a recogerlos?”

—De mil amores —dije, riendo, y nos encaminamos a buen paso hacia la acogedora calidez del 221B de Baker Street.

**- FIN -**

---

**© Adela Torres, 2005**

Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.